

Noche oscura Lugar tranquilo
Carlos Enrique Lozano G.

CELCIT. Dramática Latinoamericana 477

NOCHE OSCURA LUGAR TRANQUILO

Carlos Enrique Lozano G. (Colombia)



*¡Oh noche, que guiaste!
¡Oh noche amable más que la alborada!
Subida del Monte Carmelo; San Juan de la Cruz*

Para Paz en Peumalú.

PERSONAJES: M (2) / F (1):
ENCARGADO (MANUEL)
INQUILINO (IGNACIO)
MAGDA

UNO

NOCHE PRIMERA: EL INQUILINO

*Una cocina.
Un ventanal hacia la noche paramuna.
Una mesa, una botella de aguardiente.
Una puerta al exterior.*

*Una puerta a otra habitación.
Dos hombres, dos copas.*

INQUILINO
¿A qué altura estamos?

ENCARGADO
¿Dónde?

INQUILINO
Acá, sobre el nivel del mar, en Tibizaque.

ENCARGADO
No sé.

INQUILINO
Pero estamos más alto que Bogotá, me parece, aunque después de Tierra Negra uno baja un poquito, ¿no?

El encargado no responde.

¿Y usted vive solo acá?

ENCARGADO
Sí.

INQUILINO
Pero no es de acá, ¿no?

ENCARGADO
No.

INQUILINO
¿Es bogotano?

ENCARGADO
No.

INQUILINO
¿De Tunja?

ENCARGADO
No.

INQUILINO
¿De dónde es?

ENCARGADO
De Comodoro Rivadavia, provincia del Chubut, República Argentina.

INQUILINO

¿Ah, sí?

ENCARGADO

Sí.

Pausa.

INQUILINO

Qué raro, ¿no?

ENCARGADO

¿Qué?

INQUILINO

Un argentino por acá en Tibizaque.

ENCARGADO

No sé, sí, supongo que no es común.

INQUILINO

¿Y cómo le va?

ENCARGADO

¿En qué?

INQUILINO

Acá, viviendo solo.

ENCARGADO

Bien.

INQUILINO

¿Y qué hace?

ENCARGADO

Cuido ambas casas, limpio el jardín, mantengo la huerta. Bajo al pueblo y compro lo que haga falta, le doy de comer a Gandhi.

INQUILINO

¿Y se aburre?

ENCARGADO

No.

INQUILINO

Le pregunto porque esto es una prueba para mí.

Pausa.

El campo por fin.
Irse a vivir al campo.
Escribir, escribir en el campo.
Cambiar de vida, dejar atrás la mierda diaria, los problemas, los trancones, el Transmilenio.

Pausa.

Mentira, nunca montaba en Transmilenio.

ENCARGADO
¿Y su mujer?

INQUILINO
Ella sí.

ENCARGADO
¿También viene a vivir acá?

INQUILINO
Va a estar allá y acá al comienzo. Para ella no es tan fácil, tiene su propio negocio, no lo puede dejar abandonado. Para mí fue sólo renunciar y ya.

Igual yo sigo teniendo ingresos así que.
Un apartamento.
Digo.
Tengo un apartamento que me renta algo entonces puedo estar acá tranquilo.
Bueno, más o menos tranquilo.
Y no tenemos hijos.
Ella tiene que atender su negocio.

ENCARGADO
¿Y cuándo viene?

INQUILINO
En una semana, el viernes próximo.

ENCARGADO
Es linda su mujer.

INQUILINO
Magda.
Se llama.
Sí. Es linda.
Medio loca, pero linda.

ENCARGADO
¿Medio loca cómo?

INQUILINO

Medio loca en la vida. Inestable. Muy temperamental. Depresiva.
Es la menor de cuatro hermanos, siempre le dieron todo, fue una niña mimada
y ahora es una mujer caprichosa.

Silencio largo.

ENCARGADO

¿Alguna vez ha visto un ovni?

INQUILINO

No.

ENCARGADO

Va a ver muchos acá. A un tipo de la vereda de Santa Lucía se lo llevaron hace
poco y cuando lo trajeron de vuelta no se acordaba de nada ni de nadie.

INQUILINO

¿El que salió en las noticias hace como un año?

ENCARGADO

No.

INQUILINO

Ah, no, ese fue en Tenjo. O Tabio.

Un engaño total. El tipo estaba tratando de estafar gente. Se había escondido
todo ese tiempo, nadie se lo había llevado.

ENCARGADO

Acá sí se llevan gente, no es ningún engaño.

INQUILINO

¿Los ovnis?

ENCARGADO

Sí. Y a la mayoría no los devuelven.

INQUILINO

Eso suena a otra cosa.

ENCARGADO

¿Qué?

ENCARGADO

Digo, que esas desapariciones suenan más bien a otra cosa.
En este país.
No sé cómo será en Argentina, pero acá.
Usted sabe.

ENCARGADO

No, no sé, en Tibizaque son los ovnis, no sé cómo sea en otros lados.

INQUILINO

Bueno, pero estamos en Colombia, hombre, a la gente acá la desaparecen, no desaparece sola.

ENCARGADO

Yo no he dicho que desaparezcan, se las llevan los ovnis que es otra cosa.

INQUILINO

¿Y usted cree eso?

ENCARGADO

No es cuestión de creer.

INQUILINO

Bueno, no sé, pero yo no creo en ovnis.

ENCARGADO

Que usted no crea no los hace menos reales. Salga a la carretera y mire hacia el Cerro, son lucecitas en el cielo.

INQUILINO

Yo soy como Santo Tomás: ver para creer. Hasta que no vengan y me lleven no creeré en nada.

ENCARGADO

Santo Tomás terminó creyendo y convertido en santo.

El Inquilino ríe.

INQUILINO

¿Pero entonces usted conoció a Magda?

ENCARGADO

El primer día que vinieron.

INQUILINO

Ella no vino el primer día, ¿no se acuerda? Vine yo solo. Hablamos abajo en el portón. Yo no me atreví a entrar porque me dio miedo del perro. No me gustan los perros grandes, en particular los pastores alemanes, no confío en ellos.

ENCARGADO

Ese fue el primer día que hablamos, pero no fue el primer día que vinieron.

INQUILINO

Habíamos venido antes, pero no estuvimos acá ni lo vimos a usted.

ENCARGADO

Yo estaba en el pueblo un domingo y los vi en la plaza. Estaban compartiendo un choclo asado. Su mujer tenía unos bluyines apretados y una camisa azul de manga larga, de rayitas blancas, con un bordado rojo en el bolsillo del pecho. Las gafas de sol le sujetaban el pelo y tenía la boca brillante por la manteca del choclo.

INQUILINO

Yo no lo vi a usted.

ENCARGADO

No, claro que no.

INQUILINO

Había mucha gente.

ENCARGADO

Los domingos siempre hay mucha gente en la plaza, es día de mercado.

INQUILINO

¿Va a ir este domingo?

ENCARGADO

Sí.

INQUILINO

A lo mejor bajo con usted, ¿le parece?

ENCARGADO

Sí, así me ayuda a traer un par de bultos de abono que tengo que comprar.

INQUILINO

Podemos ir en el carro si quiere.

ENCARGADO

Mejor, sí.

Pausa.

INQUILINO

Creo que nos vamos a hacer bien usted y yo.

ENCARGADO

Ya veremos.

INQUILINO

Va a ser bueno para usted tenerme acá de inquilino.

El encargado no responde.

DOS

Una cocina.

Un ventanal hacia la noche paramuna.

Una mesa, una botella de aguardiente, un computador portátil.

Una puerta al exterior.

Una puerta a otra habitación.

Una copa, un plato sopero y una cuchara.

El Inquilino habla por celular.

INQUILINO

Sí, es la casita que parece como de cuento de hadas, todos los días me has preguntado lo mismo, Pichi, ¿qué te pasa?

No, te lo vuelvo a explicar: sales de la plaza por la esquina de la iglesia hacia la montaña que se llama el Cerro del Alemán.

No sé. O lo habrá descubierto un alemán, ni idea.

La última casa del área urbana del pueblo tiene una cenefa roja, no te puedes perder, va a estar a tu derecha. De ahí sigues un kilómetro y medio por el camino de tierra, pasas una construcción grande rodeada de pinos que es la champiñonera, doscientos metros después el camino voltea hacia la izquierda, como si fuera a bajar hacia Zipacá -solo que no baja-, y ahí te encuentras un portón hecho de madera de pino, muy lindo y pesado, con el nombre pirograbado de la propiedad: Monte Carmelo.

No, esa es la del encargado, ésta no se ve desde el portón.

Es más linda y más grande.

Tres cuartos, dos baños, comedor, sala y cocina. Y un rinconcito bonito, como un estadero-mirador con vista al Cerro. Ahí es que me siento a escribir. No te imaginas la delicia.

Bueno, me ha rendido, pero igual quisiera que me hubiera rendido más. No sé. No es fácil, a veces me suena falso todo lo que escribo, como un aviso publicitario, superficial y tonto, muy melodramático. Pasado mañana lees algo a ver qué opinas.

Bueno sí, pero espérate a que lo leas antes de decirme que está bien.

¿Quién?

Ah sí, es un personaje, tienes que conocerlo.

No sé, es medio idiota, pero es buena gente.

No, no todo el mundo me parece medio idiota, pero éste sí; me vas a dar la razón cuando lo conozcas.

Dice que es argentino.

Ni idea.

No, no sé, eso dijo.

Es el encargado de las casas, Magda, no es mi mejor amigo.

De Coronel Rivas o algún nombre así que yo nunca había oído.

Pregúntale tú cuando vengas, yo no creo que...

El inquilino va a tomar un poco de aguardiente, pero la copa llena cae sobre la computadora.

¡Putá! ¡Maldita sea!
¡Putá! ¡Hijueputa!
Nada.

Nada, nada. Hablamos más tarde.

El inquilino tira el teléfono a cualquier lugar de la mesa, levanta la computadora y la pone de costado para que escurra el líquido. Busca un trapo y trata de secar el aparato. El teléfono celular comienza a sonar. Él no responde.

TRES

Una cocina.

Un ventanal hacia la noche paramuna.

Una mesa, una botella de aguardiente, una botella de vino.

Una puerta al exterior.

Una puerta a otra habitación.

Dos hombres, una mujer, tres copas.

ENCARGADO

Acá en Colombia vivo hace veintidós años, pero en Monte Carmelo hace solo cinco.

MAGDA

¿Y por qué se vino para acá?

ENCARGADO

¿Para Monte Carmelo?

MAGDA

Sí.

ENCARGADO

Por el dueño. Yo estaba perdido y él me dio trabajo.
Es más que un amigo, es un mentor.

MAGDA

¿Y qué hacía antes?

INQUILINO

Ya deja el interrogatorio, amor, llevas asándolo a preguntas toda la noche.

ENCARGADO

No, está bien, a mí no me importa.

(A Magda.) Lo mismo que ahora, aprender cosas.

MAGDA

¿Cuidaba otras casas?

ENCARGADO

No.

MAGDA

¿Y por qué llegó a Colombia?

ENCARGADO

Cuando cumplí veinte quería salir del pueblo, conocer el mundo.

INQUILINO

Y se vino a Colombia a conocer el mundo.

ENCARGADO

No, me fui a Bolivia, pero un país llevó al otro y así fui llegando.

MAGDA

¿Y por qué se quedó en Colombia?

ENCARGADO

¿La verdad?

MAGDA

Sí.

ENCARGADO

Por las mujeres.

Pausa.

Mentira. Pero eso es lo que todos responden, ¿no?

No sé, supongo que es un país ideal para mí, para lo que soy. Como decía Luca Prodan: “soy cazador y guerrero”.

Y este es un país así.

MAGDA

¿Y no extraña a Argentina?

ENCARGADO

No. (*Sin cantar.*) Ya no soy de aquí ni soy de allá, no tengo edad ni porvenir y ser feliz es mi color de identidad.

MAGDA

O sea que está aquí de paso.

ENCARGADO

¿Y acaso no lo estamos todos?

Pausa.

MAGDA

¿Y qué otras partes de Colombia conoce?

ENCARGADO

El Amazonas, la Sierra Nevada, los llanos.

MAGDA

Conoce Colombia mejor que nosotros.

ENCARGADO

Trabajé cerca de Yopal en una plantación de coca.

MAGDA

¿Y no le daba miedo?

ENCARGADO

No, ese es el trabajo que había. De eso vivíamos la mayoría. En esa plantación y en otras que quedaban más adentro en el monte.

MAGDA

¿Y no había policía?

INQUILINO

¿Qué es esa pregunta tan boba, Magda?

ENCARGADO

Yo era raspachín nada más, arrancaba las hojas. La policía no se metía con nosotros.

INQUILINO

Bueno, ya basta de interrogatorio, Pichi.

Más bien cuénteles de los ovnis a esta mujer a ver qué opina.

Pausa.

ENCARGADO

Pero yo sí estuve en la cárcel si eso es lo que quiere saber. Pasé ocho años en la Modelo.

Pausa.

Cuando salí me fui a la selva y me perdí.

No sé cuánto tiempo.

Antonio, el dueño de Monte Carmelo, me encontró, me sacó de la manigua y me puso a trabajar acá.

Pausa.

INQUILINO

¿Y qué hizo, hombre, mató a alguien?

ENCARGADO

No.

Pausa.

MAGDA

¿Pero por qué lo metieron a la cárcel?

ENCARGADO

Por un amor maldito.

INQUILINO

Será un amor malito entonces.

ENCARGADO

Me alegra que le parezca gracioso.

MAGDA

No le pare bolas a Ignacio, a veces le gusta hacerse el imbécil.

IGNACIO

Siga con el cuento, Manuel, no se ponga delicado.

MANUEL

Yo trabajaba en la plantación. Éramos unos 10 o 15 raspachines. Había muchas mujeres, algunos niños y niñas. Había una especial, una morenita, con la piel como el café con leche cuando está bien hecho: Dayra. Con unos ojazos, negros como el mal, y el pelo largo hasta la cintura.

Pausa.

(A Magda.) Unos ojazos parecidos a los suyos.

Pausa.

Los dos nos mirábamos mientras trabajábamos. Yo le compraba una gaseosa todos los días y se la daba al almuerzo. Le gustaba la Coca Cola. A mí no. Y menos tibia. Allá todo está tibio siempre.

Había días en que yo estaba concentrado arrancando hojas y sentía que alguien me miraba. Cuando levantaba la cabeza veía sus ojazos clavados en mí.

Ella sonreía y cuando sonreía el calor se iba, traía el fresco, la brisa, todas las cosas buenas que no llegan a esa tierra de mierda.

Su sonrisa las traía.

MAGDA
Estaba enamorado.

MANUEL
Sí.

IGNACIO
Pero de una niña, ¿no?

MAGDA
¿Cuántos años tenía?

MANUEL
Doce.

IGNACIO
Por dios, hombre, ¿y se metió con una niña de doce?

MANUEL
Yo pensaba que era mayor.

MAGDA
(A Ignacio.) ¿Y ahora te volviste el guardián de la moral?

IGNACIO
Pero, Pichi, por favor, ¿una niña de doce años?

MANUEL
Una tarde terminamos de trabajar y yo me fui a tomar a la cantina. Solo. No tenía amigos ahí, no confiaba en nadie. Había mucha gente muerta. Mucho tipo malo. Dayra en cambio estaba viva, muy viva, como una lombriz recién desenterrada, viscosa y agitada.

IGNACIO
El escritor debía ser usted, hombre, qué imágenes.

MANUEL
¿Y quién le dice a usted que no soy escritor?

IGNACIO
Nadie, no sé, ¿es escritor?

Los dos hombres se miran a los ojos. Pausa.

MANUEL
Vivir es escribir con carne y tendones.

MAGDA

(Impidiendo la posibilidad de debate.) ¿Qué quiere decir con gente muerta?

MANUEL

Gente que no tiene vida, que se levanta temprano, recoge las hojas, se aguanta el maltrato de los demás sin decir nada y cuando cae la noche se va a cualquier rincón a dormir hasta el otro día. Y si se acaba el trabajo o los echan se van a otro lado sin decir nada. Gente que no tiene nada por dentro, ni siquiera miedo, gente apaleada y muerta.

Pausa.

IGNACIO

¿Y qué pasó en la cantina?

MANUEL

En la cantina nada.

Me tomé algunas cervezas y media botella de aguardiente y salí para la casa. Una señora me alquilaba una pieza. Desde la esquina, antes de llegar, supe que era Dayra la que estaba sentadita en el escalón de la puerta de entrada. No había luz en la calle porque el farol de mitad de cuadra estaba fundido, pero yo sabía que era ella. La sangre me comenzó a galopar por las venas del cuello.

MAGDA

Lo había ido a buscar.

MANUEL

Sí. Su mamá la había mandado a decirme que no podía aceptar más Coca Colas, que no me aceptara regalos.

MAGDA

¿Pero por qué fue a buscarlo a esa hora?

IGNACIO

Seguro estaba ahí desde más temprano.

MANUEL

La miré a los ojos, esos ojitos que parecían querer saltar, tirarse de los cuencos. Le puse la mano en el hombro y comenzó a temblar. Yo supe de inmediato que era su deseo que la hacía temblar, sus ganas de hombre de verdad, de mí. La tibieza de su piel agitándose bajo mi mano, tiritando de calentura. Me acerqué y la besé. Ella no abrió la boca y volteó la cara esquivándose. La vergüenza, seguro nunca había besado a nadie. Le dije que podía estar tranquila, que no se preocupara, que el primer beso siempre es torpe. Metí una mano por dentro de su camiseta y le estrujé uno de aquellos senos perfectos. Me di cuenta de que iba a gritar. De emoción, de placer, iba a dejar salir un grito, pero entonces le tapé la boca. Le dije que se quedara callada, que la gente no iba a entender lo nuestro, que era mejor que lo hiciéramos en silencio. Tenía una faldita hasta la rodilla que empujé hacia arriba con mi pierna derecha. Me bajé la bragueta con la mano libre, tenía la verga dura como nunca, erecta y palpi...

IGNACIO

Bueno, hombre, a ver que ya entendimos, ahórrenos los detalles.

MAGDA

Cállate, Ignacio, déjalo que hable.

MANUEL

No hay mucho más que decir. La penetré ahí mismo, contra la puerta de la casa. Dos, tres veces y luego una explosión en mi cabeza, en mi vientre, la oscuridad, el amor, los arcanos mayores, la muerte.

IGNACIO

Pobre niña.

MAGDA

A ver, Nacho.

MANUEL

Se liberó de mi agarre y salió corriendo, llorando y pidiendo auxilio. Yo me quedé ahí, con un pie en este mundo y el otro en no sé... la ultratumba, un lugar que era a la vez infierno y medio día.

No pasó mucho tiempo, no sé quién llegó ni cuántos eran, no sé dónde me pegaron primero ni dónde me dieron después, pero no dejaron ni un solo centímetro sin golpear. Me salvó un policía que estaba haciendo la ronda. Me encerraron en el puesto de salud y de ahí me mandaron a Bogotá medio muerto. Cuando me recuperé estaba en la Modelo donde estuve enjaulado casi ocho años.

Nunca vi a Dayra otra vez. No sé qué será de ella.

Silencio largo.

MAGDA

¿No les parece que el viaje hasta Tibizaque es más largo de lo que uno espera? Yo, por lo menos, pensé que me iba a...

No termina la frase.

Hace calor y frío al mismo tiempo aquí, ¿no?
Está tarde, estoy muerta.

Pausa.

Me voy a la cama.
Sigán acá tranquilos.

Magda hace algún ademán de despedida y sale por la puerta que lleva al interior de la casa. Ignacio sirve otra ronda de aguardiente y los hombres lo toman despacio y en silencio. Manuel mira por la ventana, Ignacio deja la vista fija en el suelo.

CUATRO

Una cocina.

Un ventanal hacia la noche paramuna.

Una mesa, una botella de aguardiente, una botella de vino.

Una puerta al exterior.

Una puerta a otra habitación.

Ignacio y Magda.

MAGDA

¿Y si nosotros también estamos muertos?

IGNACIO

¿Qué?

MAGDA

Eso.

Muertos.

Lo que dijo Manuel sobre la gente en la plantación, lo de la gente muerta.

IGNACIO

¿El tipo nos cuenta que violó una niña y eso es lo que te queda a ti de la conversación?

MAGDA

En este tiempo sin ti en Bogotá llego al apartamento, preparo algo rápido en la cocina, prendo la televisión, le quito el volumen y me siento en el estudio a comer. Las imágenes pasan rápido, una detrás de otra, el único ruido es el de mi boca o el del cubierto contra el plato, nada más. Veo imágenes de noticias, de todas las cosas horribles y estúpidas que pasan en este país, y me quedo ahí sentada, ni cansada ni animada, sintiéndome vacía.

IGNACIO

Llama a alguna amiga, sal a comer, ve a cine.

MAGDA

Cuando llego a casa después de trabajar entro, prendo la luz y ¿sabes qué veo?

IGNACIO

¿La sala y parte de la cocina?

MAGDA

Veo un precipicio.

Estoy parada en el borde y puedo observar claramente abajo el vacío de mi existencia, la nada total.

Silencio.

IGNACIO

Ni tú ni yo queremos hijos.

MAGDA

Quién dijo algo de hijos, te estoy diciendo que me siento vacía nada más.

Pausa.

IGNACIO

Hubiera sido un desastre que hubiera vivido, Magda, no hubiéramos sabido qué hacer con él, me siento mal de decirlo, pero estuvimos de buenas.

MAGDA

¿Quieres hablar otra vez del tema, Ignacio, quieres que volvamos a discutirlo?

IGNACIO

No.

MAGDA

Entonces no lo pongas sobre la mesa.

No estoy hablando del niño, no estoy hablando de ser padres, estoy hablando de otra cosa.

¿Por qué te fastidia que te hable del tema?

IGNACIO

No me fastidia.

No sé de qué tema estás hablando, no te entiendo, eso es todo.

Pausa.

Y el niño, por si no lo recuerdas, tenía nombre: Alfonso.

MAGDA

¿Por qué te fastidia tanto que te diga que me siento vacía?

No tienes que sentirte culpable, esto no tiene nada que ver contigo.

IGNACIO

¿Culpable?

Qué estupidez.

Silencio.

MAGDA

Eres un cobarde de mierda, Ignacio, eso es lo que eres. Y Tibizaque no te va a salvar, para que lo sepas.

Silencio largo.

IGNACIO

Lo único malo de esta casa es el perro asqueroso que no deja dormir.

MAGDA

No te estás tomando la pastilla, por eso no estás durmiendo.

IGNACIO

Es por ese puto perro que no deja de hacer ruido, alguien debería hacer algo con él.

MAGDA

Entonces hazlo y deja de quejarte.

IGNACIO

Es imposible dormir con esa ladradera.

MAGDA

Es la pastilla, tienes que tomártela porque si no, no puedes dormir. El peso de tu cobardía viene y se te sienta encima y te deja sin aliento. Por eso no puedes dormir.

IGNACIO

Claro, Magda, tienes razón, ¡es mi cobardía, gracias por explicármelo!

Silencio.

MAGDA

Leí tu texto.
Lo que estás escribiendo.

Pausa.

Es más interesante el personaje de la esposa que el del protagonista.

IGNACIO

¿Te parece?

MAGDA

Supongo que luego explicarás por qué se suicida.

IGNACIO

No sé.

MAGDA

¿No sabes por qué se suicida o no sabes si lo vas a explicar?

IGNACIO

Ninguno de los dos.

MAGDA

Yo creo que es fácil saber por qué se suicida.

IGNACIO

¿Porque cuando llega a su casa se siente vacía?

MAGDA

No, porque se casó con un imbécil que le arruinó su vida.

IGNACIO

Podría divorciarse.

MAGDA

Y hacer qué, ¿buscarse otro hombre? ¿Quedarse soltera? ¿Volverse lesbiana? ¿Seguir viviendo?

IGNACIO

Sí.

MAGDA

No entiendes nada entonces.
No se puede volver a empezar.

IGNACIO

¿Pero por qué querrías volver a empezar?

MAGDA

No estamos hablando de mí, Ignacio, estamos hablando de tu personaje.

IGNACIO

Bueno, ella, no tendría que volver a empezar, podría seguir simplemente, seguir respirando, viviendo, día a día. Alejarse de él.
Dejarlo en paz.

MAGDA

¿Después de lo que han vivido juntos?

Pausa.

¿Después de lo que ha hecho por ellos?

Silencio.

IGNACIO

¿Qué pasó, Magda, qué nos pasó?

MAGDA

Pasó que la cagamos.

IGNACIO
Sí.

MAGDA
La cagamos feo y ya no hay quién arregle esto.
Ni quién nos arregle a nosotros tampoco.

Silencio.

IGNACIO
¿Seguro que no quieres ir conmigo a Bogotá mañana?

MAGDA
No, Sonia va a atender la tienda estos días, quiero ver cómo le va estando sola.
Quiero ver cómo me va a mí acá sola.

IGNACIO
Igual yo vuelvo el domingo, el tipo va a tener listo el computador el sábado por la tarde.

MAGDA
Son solo cuatro días.

IGNACIO
Y no vas a estar sola, cualquier cosa que necesites Manuel te puede ayudar.

Pausa.

MAGDA
Manuel.
¿No te importa dejarme sola con él?

Ignacio mira a Magda en silencio. Pasado un rato se para y sale por la puerta que lleva al exterior. La mujer, a través de la ventana, lo ve alejarse en la noche paramuna. Un perro empieza a ladrar.

CINCO NOCHE SEGUNDA: MAGDA

*Una cocina.
Un ventanal hacia la noche paramuna.*

*Una mesa, una botella de aguardiente, una botella de vino.
Una puerta al exterior.
Una puerta a otra habitación.
Magda y Manuel.*

MAGDA
Ya aparecerá, no se preocupe.

MANUEL
No sé, nunca había desaparecido antes.

MAGDA
Era... El perro...
Perdón, ¿es suyo?

MANUEL
No, es de Antonio, estaba aquí cuando yo llegué.

MAGDA
Pero usted le cogió cariño, lo adoptó como si fuera suyo.

MANUEL
Él me adoptó a mí.
Me aceptó y me enseñó a tratarlo.
Es un maestro a su manera.

MAGDA
(*Riendo.*) Es un perro, Manuel, no se ponga trascendental tampoco.

MANUEL
¿No le gustan los perros?

MAGDA
No sé.
Sí. No.
No me van ni me vienen, la verdad.
A Ignacio no le gustan.

MANUEL
Sí, eso me dijo.

MAGDA
A Ignacio no le gustan muchas cosas.

MANUEL
Gandhi nunca le hizo nada a él, ni siquiera le gruñó.

MAGDA
No lo deja dormir.

MANUEL

Es un perro guardián, ladra en las noches, le ladra a los ovnis, se comunica.

MAGDA

Ah sí, me contó Ignacio que usted cree en ovnis.

MANUEL

(*Ríe.*) No es que yo crea, no se trata de creer.

MAGDA

¿Ah no?

MANUEL

¿A usted le parece que el ser humano ha logrado lo que ha logrado sin la ayuda de nadie?

MAGDA

Bueno, mire el estado del mundo, si alguien nos ayudó a llegar a este desastre mejor que no nos ayuden más.

MANUEL

Mire a Jesús, a Einstein, a Martin Luther King, a Gandhi (el indio, no el pastor alemán), ¿me va a decir que ellos se parecen a alguno de los seres humanos que usted conoce?

MAGDA

No, claro que no, hombre, pero es que...

MANUEL

(*Interrumpiendo.*) No se parecen sencillamente porque ellos no fueron humanos. Encarnaron en cuerpos humanos, sí, para que pudiéramos entenderlos, comprender su sabiduría, seguirlos, pero su naturaleza real es desconocida para nosotros. Son seres interplanetarios, seres de luz. Maestros.

MAGDA

¿No le parece que usted ve maestros en todas partes?

MANUEL

Claro que sí, en todas partes hay maestros, a eso vine yo a este mundo, a aprender de las inteligencias que me rodean.

MAGDA

Qué afortunado, a mí en la vida solo me rodea estupidez.

MANUEL

Si quiere salgamos y vamos para que vea los ovnis. No hay nada que yo pueda decirle que la vaya a convencer más que la experiencia directa.

MAGDA

En un rato, quiero tomarme otro vino.

La mujer suelta una carcajada.

¿Sabe de qué acabo de caer en cuenta?

MANUEL

No.

MAGDA

De que vino y ovni son anagramas.

Pausa.

Tienen las mismas letras en diferente orden.

MANUEL

Yo sé qué es un anagrama, no me lo tiene que explicar.

Pausa.

MAGDA

Ignacio decidió venirse a vivir acá para escribir tranquilo su novela.
Ahora que es escritor.

MANUEL

Sí, eso me dijo.

MAGDA

¿Qué más le dijo, le dijo algo sobre mí?

MANUEL

Me dijo que usted está medio loca.

MAGDA

A mí me dijo que usted es medio idiota.
Para Ignacio todos somos medio algo, nunca enteramente, siempre a medias
nada más.

MANUEL

Debe ser difícil escribir algo bueno viendo todo a medias.

MAGDA

A lo mejor le sale algo *medio* bueno.

Pausa.

MANUEL

Cierre los ojos.

MAGDA
¿Qué?

MANUEL
No se preocupe, Magda, cierre los ojos.

Magda lo mira en silencio como evaluándolo, luego cierra los ojos. Manuel se queda viéndola sin decir nada, pero algo en su disposición, en su manera de mirarla, de encoger y estirar los dedos, da a entender que él está transmitiéndole algo sin tocarla o tratando de afectarla de alguna manera. Pasan algunos segundos.

Ya.
Si quiere ábralos ya.

MAGDA
Hmmm.
Qué rico.

Magda abre los ojos.

¿Qué hizo? ¿Fue y nos robó algo? ¿Sacó mi billetera de la cartera?

MANUEL
¿Descansó?

MAGDA
Pues...

Pausa.

La verdad sí.
¿Qué me hizo?

MANUEL
Le pedí a su cuerpo que descansara.

MAGDA
¿Ahora sabe cómo darle órdenes a mi cuerpo?

MANUEL
Órdenes no, más bien peticiones, sé cómo pedir cosas del universo.

MAGDA
Pues voy a encargarle que pida unas cositas por mí.

Pausa.

MANUEL
Lo suyo lo puedo ver mejor que lo de Ignacio.

MAGDA
¿Lo mío?

MANUEL
Ignacio está perdido en un dolor mudo y no tiene ni la más mínima idea de qué hacer, excepto rascarse la herida. Usted está parada en el borde de ese dolor mirando hacia afuera, hacia el después.

MAGDA
¿Y todo esto se lo dictan los ovnis?

MANUEL
El problema es que no se atreve a dar un paso en la dirección correcta y esa indecisión la cansa.
Es el cansancio de los errores pasados.

Pausa.

Deje de pelear contra ese cansancio, Magda, no hay manera de ganar. Ese cansancio ya es parte suya, acostúmbrese y verá cómo camina de nuevo.

MAGDA
No me joda, Manuel, ¿ahora también es brujo?

MANUEL
Brujo no, sanador sí.

Pausa.

MAGDA
Debe ser lindo creer en todas esas cosas, ovnis, maestros, sanación... ¿También cree en Dios?

MANUEL
Claro, ¿usted no?

MAGDA
No.
Tal vez antes cuando...

MANUEL
(*Interrumpiendo.*) Antes del dolor, antes del cansancio, lo entiendo.

MAGDA
Antes cuando era niña.
Cuando no había perdido la ingenuidad.

MANUEL

Dios es como su belleza, Magda, sigue estando ahí por más que uno pretenda no verla.

MAGDA
(*Riendo.*) ¡Qué piropo más divino!

MANUEL
¿Sabía que la belleza exterior es el reflejo del alma?

MAGDA
¿No entendió el chiste, Manuel?
Piropo *divino... dios... divino...*

Pausa, Manuel no ríe.

MANUEL
Si me deja yo puedo ayudarla.

MAGDA
Ayudarme a qué, Manuel, no me joda.

MANUEL
Hay vida después del dolor, Magda, yo puedo ayudarla a descubrirla.

MAGDA
¿Igual que hizo con Dayra?

MANUEL
Lo de Dayra fue un umbral.
Para ella y para mí.
Parte del designio.
Algo que debíamos atravesar.
Los caminos del universo son inescrutables.

MAGDA
Esa es la peor justificación de una violación que he escuchado nunca.

MANUEL
No es una justificación.
Yo acepté el daño y lo pagué: primero me lincharon y luego me encerraron, pero eso es lo humano, que es la dimensión más básica del asunto.
Lo otro son los designios del Arquitecto, del cosmos, que rebasan a nuestro entendimiento limitado.

MAGDA
Ay, Manuel, no sé si usted se crea eso. A mí no me va a convencer con ese argumento tan conveniente y facilista.
Mejor lléveme a ver los ovnis, a ver si sus maestros se dignan aparecer.

Manuel y Magda se ponen de pie, él toma de un sorbo el resto de aguardiente que hay en su copa, los dos salen por la puerta que da al exterior en silencio.

SEIS

Una cocina.

Un ventanal hacia la noche paramuna.

Una mesa, una botella de vino, un libro de Gómez Jattin.

Una puerta al exterior.

Una puerta a otra habitación.

Una copa.

Magda, con el libro cerrado en una mano y una pañoleta en la cabeza, habla por celular.

MAGDA

¿Estás seguro?

No, claro que quiero, sí. Es solo que nunca me has leído por teléfono lo que escribes.

Yo sé, Ignacio.

¿Qué quieres que te diga entonces: Nacho, léelo, por favor, por favor?

No es que no esté de ánimo, es solo que me sorprendiste. (*Suspiro.*) ¿Sabes qué? Empecemos de nuevo: Hola, amor, ¿has escrito algo nuevo ahora que te arreglaron el computador? ¡Me encantaría que me lo leyeras!

Sí, tienes razón.

Silencio. La mujer deja el teléfono en la mesa, pone el altoparlante y se sirve un vino.

Lo siento, Nacho, mañana que vuelvas lo leo. O me lo lees, como prefieras.

IGNACIO (OFF)

Ok.

MAGDA

Así a lo mejor avanzas un poco más.

Magda abre el libro y empieza a leer.

IGNACIO (OFF)

Sí.

Pausa.

¿Y qué, todo bien por allá?

MAGDA
Sí, todo bien.

Pausa.

IGNACIO (OFF)
¿Entonces las cosas sin problema?

MAGDA
Ajá.

Pausa.

IGNACIO (OFF)
¿Y qué has hecho?

MAGDA
Nada.
Lo mismo.
No mucho.

IGNACIO (OFF)
¿No quieres hablar?

MAGDA
Sí, sí, hablemos.

IGNACIO (OFF)
Pues cuéntame algo.

MAGDA
¿Algo como qué?

Manuel aparece por la ventana y se queda ahí viendo a la mujer. Ella no se percibe de su presencia.

IGNACIO (OFF)
No sé, ¿has hecho algo interesante?

MAGDA
Hmm, no.

IGNACIO (OFF)
¿Has hecho *algo* aunque sea?

MAGDA
Hmm, no.

IGNACIO (OFF)

¿Y sí aguantas tanta emoción?

MAGDA

Bogotá le sienta a tu sentido del humor.

IGNACIO (OFF)

Y Tibizaque le sienta como el culo a tu estado de ánimo.

Pausa.

Cuéntame al menos una cosa que hayas hecho en mi ausencia y colgamos.

MAGDA

Fui a ver ovnis al cerro con Manuel.

IGNACIO (OFF)

¿Ah, sí?

MAGDA

Son unas lucecitas lindas, deberías ir un día.

IGNACIO (OFF)

Mejor no.

MAGDA

Ah, a propósito, Manuel cree que tú le hiciste algo a Gandhi.

IGNACIO (OFF)

Pffffff.

El ladrón juzga por su condición.

A mí el perro ese poco, pero no lo voy a...

Magda de repente ve a Manuel y grita del susto interrumpiendo a Ignacio.

¡¿Qué pasó, Pichi, estás bien?!

La mujer se da cuenta de que es Manuel y larga a reírse a carcajadas.

Háblame, Magda, ¿te pasó algo? ¿Qué pasó?

MAGDA

(Haciéndole señas a Manuel para que entre.) Nada, nada, casi me muero del susto, eso es todo. Hablamos después, un beso, chao.

IGNACIO (OFF)

Pero...

Magda cuelga. Manuel le hace señas para que salga. Ella se quita la pañoleta de la cabeza, toma un trago de vino, deja el libro en la mesa y sale. El celular empieza a sonar.

SIETE

Una cocina.

Un ventanal hacia la noche paramuna.

Una mesa, una botella de aguardiente, una botella de vino.

Una puerta al exterior.

Una puerta a otra habitación.

Dos hombres, una mujer, tres copas.

IGNACIO

¿Remedio?

MANUEL

Tiene otros nombres también, puede llamarlo como quiera.

IGNACIO

¿Pero remedio?

MAGDA

Yagé, Ignacio, no te hagas el tonto.

IGNACIO

¿Entonces por qué le dice “remedio”?

MANUEL

Porque eso es.

Es un remedio, una medicina para el alma.

MAGDA

Manuel estuvo viviendo con los indios en el Amazonas.

IGNACIO

¿Y con los extraterrestres en marte no?

MANUEL

No hay extraterrestres en marte.

Pausa.

Humanos sí, una colonia de yanquis que fue en el 69 en el...

MAGDA

(*Interrumpiéndolo.*) En el Amazonas vivió con una tribu y un cacique le enseñó a preparar yagé.

Pausa.

MANUEL

(*Corrigiéndola.*) Un taita.

En una comunidad.

No es que me enseñó a prepararlo solamente, fue un proceso.

Él me inició en este camino, me hizo su aprendiz.

IGNACIO

Ah, un aprendiz de brujo, como Harry Potter.

MAGDA

¿Vio, Manuel? Le dije que era mala idea contarle a Ignacio, él es muy cobarde como para hacer el esfuerzo de entender.

MANUEL

(*A Ignacio.*) El remedio puede ayudarlo con su dolor, Ignacio.

Pausa.

IGNACIO

Veo que se han hecho amigazos ustedes dos, han compartido infidencias.

(*A Manuel.*) Magda vive muy sola, es bueno que haya encontrado un amigo.

Sin embargo no crea que porque ella le cuenta cosas de mí usted me conoce, porque usted no me conoce nada, compadre.

Nada de nada, ¿me entiende?

MAGDA

Manuel sabe cosas.

IGNACIO

¡Cosas!

¿Y tú qué, ahora eres su publicista?

MAGDA

Abre tu cabeza un poco.

IGNACIO

¿Para qué, para que me la coma como hizo contigo? No gracias.

MANUEL

(*A Ignacio.*) ¿Le puedo decir algo?

IGNACIO

Por favor, desparrame su sabiduría sobre mí, ¿cómo no? Ilumíneme.

Pausa.

MANUEL

El tiempo de esconderse terminó y usted lo sabe.
Bien en el fondo lo sabe, pero no lo quiere aceptar.

MAGDA

(*A Ignacio.*) Ahí tiene un punto, ¿no te parece?

MANUEL

Es hora de salir de su escondite, Nacho.

IGNACIO

¿*Nacho?*

MANUEL

Es hora de enfrentar, de dejar que fluya lo que ha estado reprimiendo. No puede tapan las arterias, las vías, porque la información se va acumulando y haciendo presión, tallando, hasta que un día explota y se lo lleva por delante. Y la explosión se lleva su cordura también.

IGNACIO

Bueno a usted claramente de eso no le queda.

MAGDA

(*A Ignacio.*) El yagé nos puede ayudar.

MANUEL

Es hora de explorar la trama oculta.

IGNACIO

¡La trama oculta!

¿Qué le hiciste, Pichi? Te dejo con él cuatro días y mira cómo lo volviste: místico y delirante.

MANUEL

No es posible mantener los ojos cerrados para siempre, Ignacio.

IGNACIO

Magda también tiene poderes como usted, ¿sabe?

Daña al que se mete con ella.

Mejor tenga cuidado.

MANUEL

Eso no es rabia, Ignacio, lo que lo hace hablar así, eso es solo...

IGNACIO

(*Interrumpiendo.*) No, a ver, un momento, de mis sentimientos me ocupo yo, no me diga qué es lo que estoy sintiendo.

MAGDA
Es inútil, Manuel, déjelo.

Pausa.

Él es un inútil.

MANUEL
El remedio los puede ayudar a los dos, juntarlos de nuevo, volverlos pareja otra vez, si eso es lo que de verdad quieren.

IGNACIO
Entonces no debería llamarse remedio sino milagro.

Pausa.

MAGDA
Nunca fuimos pareja, Manuel. Ignacio es muy egoísta, solo puede amarse a sí mismo. Y yo no hubiera podido tener una relación con nadie que me amara de verdad.

MANUEL
Todos merecemos ser amados, Magda, amados por lo que somos.

IGNACIO
¡Carajo es un poeta también, un poeta del amor!

MAGDA
Nuestra relación funcionó hasta que nos volvimos asesinos.

IGNACIO
¿Asesinos?

MAGDA
Hemos seguido porque yo no le pido amor verdadero y - como usted pudo darse cuenta anoche - él no me pide fidelidad.

Silencio.

IGNACIO
(A Magda.) ¿Por qué no me sorprende que te lo hayas tirado?

MAGDA
¿Y qué si me lo tiré? ¿Te vas a poner celoso?

MANUEL
Ignacio, la verdad es que...

IGNACIO

(Interrumpiendo.) No, a ver, usted no se preocupe por mí, ¿cree que a mí me importa algo que ustedes dos hayan tirado?

No me importa nada. En lo más mínimo. Nada.

No se preocupe.

Ella no puede evitarlo. Es como un animalito, tiene que ir frotándose por ahí con cuanta pierna encuentra. Es así.

¿Qué se le va a hacer? Así la conocí y así la acepté.

MAGDA

A él en cambio solo lo excita su propia pierna.

Y eso, si mucho.

MANUEL

El remedio es una manera de salir de sí mismos.

MAGDA

Si logra sacarlo a él de sí mismo sí que sería milagroso.

MANUEL

Ese exterior al que se sale es un ir más adentro de ustedes, más allá del dolor.

Pasando la conciencia individual.

Hasta el lugar del todo donde no se es nada.

Donde solo hay presencia y Caín es indistinto de Abel,

cielo de infierno,

medio día de media noche.

Pausa.

MAGDA

¿Qué dices, cielo, te animas a salir de tu infierno?

IGNACIO

Digo que me voy a dormir.

MAGDA

Yo sí quiero remedio, Manuel.

MANUEL

¿Seguro que no quiere probar, Ignacio? Podemos hacerlo aquí.

IGNACIO

Yo no necesito brujerías, yo las cosas las resuelvo conmigo.

Solo.

MAGDA

Escribiendo.

¿Le ha mostrado lo que escribe, Manuel?

Escribe sobre una pareja. Una pareja como él y yo, igualita.

Con la misma historia nuestra.

Eso es lo que pasa cuando uno no tiene imaginación.

Solo que la mujer se suicida, que es lo que Ignacio quiere que yo haga.
Y solo por eso no le doy el gusto.

IGNACIO

Pesada, borracha y boba si no, Magda, mejor me voy a dormir.
Ustedes sigan acá tranquilos.
Igual ya saben cómo entretenerse solos, ¿no?

Ignacio hace algún ademán de despedida y sale por la puerta que lleva al interior de la casa. Manuel se sirve un aguardiente y le sirve un vino a Magda. Toman sus bebidas despacio y en silencio. Manuel mira a Magda, ella deja la vista fija en la ventana.

OCHO

Una cocina.

Un ventanal hacia la noche paramuna.

Una mesa, una botella de aguardiente, una botella de vino, un computador portátil.

Una puerta al exterior.

Una puerta a otra habitación.

Magda e Ignacio.

MAGDA

Léelo.

IGNACIO

No sé.

MAGDA

Dale, léelo.

IGNACIO

No te va a gustar.

MAGDA

Ignacio, deja de hacerte el idiota, estás muriéndote de ganas de leérmelo.

IGNACIO

No está terminado.

MAGDA

Yo sé.

IGNACIO

Hay cosas ahí con las que no estoy de acuerdo.

MAGDA

Seguramente eso lo hace más interesante.

IGNACIO

Te vas a ofender.

MAGDA

Deja de informarme lo que voy a sentir o a pensar.

IGNACIO

Está bien, pero que conste que te lo advertí.

MAGDA

Dale, payaso, lee.

Ignacio abre la computadora, Magda se sirve otro vino.

IGNACIO

(Leyendo.) “Era una noche oscura. Lo sé, todo principio es igual. En una verdadera noche oscura del alma siempre son las tres de la mañana. El desembarco en la unánime noche... Lo sé, lo sé, pero era así, una noche oscura, lluviosa. Una noche fría donde el frío se hacía gotas que llenaban el aire, una...”.

MAGDA

¿Puedo interrumpirte o prefieres mis comentarios al final?

IGNACIO

Al final, a no ser que no te puedas contener, cosa que para ti es casi...

MAGDA

(Interrumpiendo.) Es un pasaje redundante, la descripción de la noche, me parece que no quieres entrar en el asunto y por eso le das vueltas a la ambientación.

IGNACIO

¿Puedo seguir?

MAGDA

¿No tienes ninguna respuesta a mi comentario?

IGNACIO

No, ¿te importa si sigo?

MAGDA

Si no vas a decir nada, dale.

IGNACIO

“Una noche fría donde el frío se hacía gotas que llenaban el aire, una frialdad que parecía surgir del tuétano de los objetos e irradiar hacia fuera, helando todo con una desesperanza rastrera. En la cuna el bebé dormía casi tranquilo, hacía por lo menos media hora que...”

MAGDA

Ah, pensé que me ibas a leer el suicidio de ella.

IGNACIO

No.

MAGDA

Yo estaba lista para tomar nota de cómo hacerlo.

IGNACIO

Mejor paramos aquí, ¿no?

MAGDA

No, perdón, es que me tomaste por sorpresa, no sabía que ibas a leer lo del asesinato del niño.

IGNACIO

No fue un asesinato, Magda.

MAGDA

¿Ah, no? ¿Y cómo lo llamarías, suicidio forzoso?

IGNACIO

Accidente, ¿no has pensado en eso?

MAGDA

¡Accidente!

Ignacio, por favor, cualquier cosa menos ingenuo.

Eso no. Sé adulto.

Hazte cargo de lo que hicimos.

IGNACIO

Yo estoy leyendo un pasaje de ficción, Magda.

MAGDA

De la ficción de nuestras vidas será.

Lo matamos, Ignacio, como si lo hubiéramos hecho con nuestras propias manos.

IGNACIO

¡Qué ganas de flagelarte las tuyas! ¿Ah?

MAGDA

Al menos no niego las cosas como tú, si lo hubiéramos querido, Alfonso todavía estaría vivo. Si hubiéramos ido al hospital media hora antes, cuando yo te dije que...

IGNACIO

(Interrumpiendo.) Yo sé, Magda, pero...

MAGDA

(Interrumpiendo.) ¡Entonces no digas que fue un accidente!

IGNACIO

Fue un accidente porque tú y yo estábamos paralizados, aterrorizados, no éramos capaces de movernos, de hacer nada, nos desbordó la situación y...

MAGDA

(Interrumpiendo.) No queríamos al niño, Nacho, esa es la verdad. Ya lo hemos hablado.

No íbamos a ser capaces de darle el cuidado que necesitaba.

¿O me vas a decir que te ibas a hacer cargo de un vegetal?

IGNACIO

No era un vegetal.

MAGDA

Un retrasado, lo que sea.

IGNACIO

Autismo severo.

MAGDA

No lo queríamos.

Su ataque nos dio la oportunidad.

IGNACIO

El médico había dicho que podía pasar.

En la mitad de la noche.

Intempestivamente.

Nació defectuoso, pulmones débiles, corazón frágil...

MAGDA

No estaba hecho con buenos materiales.

IGNACIO

Por tu lado.

MAGDA

Así es, Nacho, la defectuosa en esta relación siempre he sido yo, ¿no?

Silencio.

IGNACIO

¿Sabes qué no puedo entender? ¿Qué no me cabe en la puta cabeza?

MAGDA

¿Por qué seguimos juntos?

IGNACIO

Lo que no me cabe en la puta cabeza es que te lo hayas follado, Magda, ¿en serio fuiste capaz?

MAGDA

¿De qué estás hablando?

IGNACIO

¿No te dio asco siquiera? O te excita ese tipo de degradación, de untarte de barro así como si...

Magda de repente suelta una carcajada que interrumpe a Ignacio.

MAGDA

¿Manuel?

¿Estás hablando de Manuel?

IGNACIO

¿Por qué lo hiciste?

MAGDA

¿En serio, Nacho, estás celoso?

IGNACIO

Celoso no, ¿celoso de ti? Para nada. Ya estoy acostumbrado.

MAGDA

Entonces deja el escándalo.

Pausa.

IGNACIO

Yo sé por qué lo hiciste, perra asquerosa.

MAGDA

¿Perra asquerosa? ¡Por dios ese es nuevo!

IGNACIO

¿Y qué otra cosa eres sino una perra asquerosa?

Un animal calenturiento y arrastrado, una alimaña taimada que no puede mantener los malditos calzones arriba.

MAGDA

Linda frase, anótala, ¿o ya la tenías preparada?

IGNACIO
No puedes verme tranquilo.

MAGDA
¿Es una frase de tu novela?

IGNACIO
Por eso lo hiciste, lo hiciste solo para joderme a mí, para seguir dañándome la puta vida.

MAGDA
¿No has considerado que quizás es algo que hice para mí y no contra ti, Ignacio?

IGNACIO
Lo hiciste para dañarlo todo, para polucionarlo todo con tu perversión, con tu asquerosidad.

Pausa.

MAGDA
Me odias de verdad.

Pausa.

IGNACIO
Lo hiciste para dañar mi lugar tranquilo, mi rincón hermoso donde por fin vine a escribir, donde encontré sosiego.
¡Y tú no puedes verme en paz!
No soportas que yo esté acá y que esté escribiendo, ¡por fin!, y que esté comenzando a sanar, Magda, porque eso es lo que estoy haciendo, ¡estoy comenzando a sanar!

Silencio.

MAGDA
Es lo que más quiero en el mundo, Nacho, de verdad, que sanes, que los dos sanemos.

IGNACIO
Y yo lo que más quiero es que te vayas de mi puta vida, Magda, te lo digo en serio, no te quiero volver a ver jamás.

Silencio largo.

MAGDA
Hagamos un trato.

IGNACIO
No.

MAGDA
Ignacio, en serio, escúchame, hagamos un trato.

IGNACIO
No.

MAGDA
Yo te dejo.
Si eso es lo que quieres...

IGNACIO
(*Interrumpiendo.*) Eso es exactamente lo que quiero, ¿es que no lo entiendes todavía?!

MAGDA
Entonces yo me voy, me voy, te dejo acá en tu lugar tranquilo y nunca más volverás a saber de mí, pero antes tú haces algo por mí.

IGNACIO
No voy a hacer ni mierda más por ti.

MAGDA
Solo una cosa más, Ignacio, una cosa más y me voy para siempre así me rompa el alma hacerlo.

Pausa.

Toma yagé conmigo.

Silencio.

Tomamos yagé con Manuel, acá, una sola vez y al otro día me voy, no me vuelves a ver nunca más.

Pausa.

IGNACIO
¿Por qué, Magda, por qué eres así de imposible?

MAGDA
Una sola vez, Ignacio, no seas así. Una vez y no me vuelves a ver nunca más.

Pausa.

IGNACIO
Una sola vez, Magda, y te vas al otro día y no te asomas más por acá.

MAGDA
Sí.

IGNACIO
Ni vuelves a ver a Manuel tampoco.

MAGDA
Pero...

IGNACIO
O no hay trato, Magda.

MAGDA
Está bien.

IGNACIO
Ni a hablar con él.

MAGDA
Está bien, está bien, ya entendí, Ignacio, me voy, me esfumo y me...

IGNACIO
(*Interrumpiendo.*) Exacto, como si te llevaran los ovnis.

Pausa.

MAGDA
Desaparezco como Gandhi.

Pausa.

IGNACIO
Te lo advierto, Magda, nunca más.

MAGDA
Está bien, Ignacio, está bien, ya entendí.
Nunca más.

NUEVE NOCHE TERCERA: MANUEL

*Una cocina.
Un ventanal hacia la noche paramuna.
Una mesa, una botella de aguardiente, una botella de vino, una maleta
abierta en el piso.
Una puerta al exterior.*

*Una puerta a otra habitación.
Manuel y Magda.*

MANUEL

El día tiene franjas.

Franjas de influencia.

Desde el amanecer hasta el mediodía es el tiempo de Dios.

Al mediodía empieza el tiempo de lo humano y va hasta el crepúsculo.

La noche es el tiempo de la tentación, de la oscuridad, del diablo, pero también el...

MAGDA

(Interrumpiendo.) El tiempo mío.

MANUEL

El dolor es el diablo, Magda, no usted. Usted es la víctima del dolor.

MAGDA

No me joda, yo prefiero ser victimario que víctima.

MANUEL

Pero la noche es tránsito obligatorio, la oscuridad no es punto de llegada sino puerta de entrada...

MAGDA

El victimario al menos sabe lo que hace...

MANUEL

...por eso el remedio se toma cuando el sol ha caído.

MAGDA

...la víctima solo sabe lo que le hacen.

MANUEL

La noche es la primera prueba del remedio, hay que atravesar la noche.

MAGDA

El uno es potente y el otro impotente.

MANUEL

Atravesar la noche para llegar al día. En el camino uno se encuentra a sí mismo más allá de las ilusiones.

Pausa.

MANUEL

Esta vez sí es en serio.

Manuel no responde, pero interrumpe su discurso.

Me pasó como al pastorcito mentiroso.
Mentí y mentí hasta que me echó de verdad.

Pausa.

Ahora sí me echó en serio, Manuel.

MANUEL

Es mejor así, Magda, siga adelante con su vida.

MAGDA

¿Quiere saber qué es lo que más me jode?

Que Ignacio va a ser más feliz sin mí.

Y como yo soy el diablo quiero verlo sufrir, quiero que siga sufriendo.

MANUEL

Usted no quiere eso.

MAGDA

Quiero hacerle la vida invivable.

MANUEL

Siga adelante y deje de quejarse, Magda.

¿Sabe cuál es su problema?

MAGDA

¿Ignacio?

MANUEL

No. Usted es el problema de Ignacio, es al revés.

MAGDA

¿Ah sí?

¿Ahora está de parte de él?

MANUEL

No, por el contrario, estoy de parte suya.

MAGDA

Pues no parece.

MANUEL

Lo que le estoy diciendo es que Ignacio para liberarse depende de alguien más, usted en cambio no depende sino de sí misma. Pase la página, termine de empacar su maleta, deje a Ignacio atrás, siga adelante, deje de regodearse en el dolor.

MAGDA

Claro, como es tan fácil.

Pausa.

MANUEL
Puede decirle la verdad también.

MAGDA
¿Qué verdad?

MANUEL
Que usted y yo ni nos hemos tocado la mano.

MAGDA
Entonces usted no entiende nada, Manuel, eso no cambia nada.

MANUEL
No cogimos, aunque los dos estábamos reventando de ganas.

MAGDA
(*Riendo.*) ¿Ah, sí?

MANUEL
Usted cruzaba las piernas para un lado y para el otro, nerviosa.

MAGDA
No sea ridículo.

MANUEL
Pero cruzando las piernas se frotaba.

MAGDA
(*Ríe más intensamente.*) ¡Está loco!

MANUEL
Para sentir un poquito de placer.

MAGDA
Loco de remate.

MANUEL
Sus ojos hablaban, me decían que la besara.

MAGDA
¡Ah, verdad que usted lee los ojos!
Me los hubiera tapado.

MANUEL
Me decían que la tocara.

MAGDA
Sí, cómo no.

MANUEL

Que le pusiera la mano en la rodilla.

MAGDA

Le decían lo que usted quería oír, ¿no?

MANUEL

Que mis manos callosas se metieran por debajo de su falda.

MAGDA

Igual que los ojos de la niñita. ¿Cómo se llamaba? ¿Dayra?

MANUEL

Mi piel áspera subiendo por el interior de sus muslos, rozando su piel delicada, blanca, subiendo hasta sus calzones húmedos donde su coño rogaba para que lo abriera en dos con uno de mis dedos sucios.

MAGDA

(*Riendo.*) Bueno, bueno y con esas palabras edificantes mi día llega a su fin. Me voy a dormir.

Magda se para, Manuel hace lo mismo. Se miran en silencio. Ella se voltea para ir hacia el cuarto, pero él la agarra de la cintura y la hala hasta él apretando su cuerpo contra el suyo por detrás. Ella le da un codazo en el estómago, se suelta y luego se voltea hacia él. Lo mira en silencio un tiempo y luego comienza a besarlo y a tocarlo, con rabia, con prisa, le quita la camisa que cae junto a un asiento. Luego lo empuja contra la mesa y él la levanta de las piernas sentándola encima de él.

MANUEL

(*Con la respiración agitada detiene la acción.*) Acá no, putita mía, vamos a la cama de Ignacio a hacerlo como corresponde.

Sin dejarla tocar el piso, cargada sobre su entrepierna, salen por la puerta que da al interior de la casa.

NUEVE

Una cocina.

Un ventanal hacia la noche paramuna.

Una mesa, una botella de aguardiente, una botella de vino, una maleta abierta en el piso.

Una camisa junto a un asiento.

Una puerta al exterior.

Una puerta a otra habitación.

Suena un celular. El ringtone es “Los caminos de la vida” en versión de Vicentico. Nadie responde.

Silencio. Nada se mueve en la calma nocturna.

El celular suena de nuevo. Manuel, en calzoncillos y medias, sale con su pantalón en una mano y los zapatos en la otra. Busca la camisa tirada en el piso y saca el celular del bolsillo.

MANUEL

¿Aló?

Como si del otro lado de la línea proviniera un sonido irritante separa un poco el auricular de la oreja.

¿Aló?

¿Ignacio?

Se viste mientras habla.

No le oigo nada, hay mucho ruido, ¿dónde anda?

¿Qué?

Sí, ¿qué hora es?

¿En una verdadera noche siempre qué?

¿Las tres de la mañana?

No le entiendo nada, compadre, ¿está borracho?

Acuérdese de que mañana tomamos remedio, no es bueno que usted se intoxique hoy, váyase para su casa más bien y deje la joda.

No sé, flaco, debe estar dormida, ¿quiere que me fije?

Si quiere voy y miro, aunque no sé, me da pena, ¿qué tal que esté en ropa interior? A propósito, ¿ella duerme desnuda o en calzoncitos?

Yo soy el encargado, no el vigilante, no sé si ella empacó sus cosas o no, llámela usted y le pregunta.

Pues si no responde es porque debe estar dormida, Nacho, la gente a esta hora si no está borracha como usted, está durmiendo. Váyase a dormir.

Pausa, Manuel detiene lo que está haciendo, se sienta y trata de escuchar al otro.

¿Qué? No, a ver, repita que no le oigo nada, ¡y hable bien!

¿Cuáles pastillas?

¿Para dormir?

Pausa.

¿Y cuántas le diste, hijo de puta?

¿Cómo?

¡Habla bien, pelotudo!

¿Pero el perrito respiraba?

No, escuchame, hijo de puta, ¡y para de lloriquear!, ¿Gandhi respiraba cuando lo subiste al carro?

¿Pero dónde lo tiraste, hijo de la gran puta que te parió?

¿Qué?

¿En Tierra Negra, pero en dónde, turro de mierda, en la carretera?
¿Aló, Ignacio?
A ver, hacete hombre y dejá de pedirme perdón, explicame exactamente dónde lo tiraste, hijo de puta.
Ya entendí, boludo, ya entendí, no lo mataste, a ver, pará, pará, pará, está bien, no llorés, calmate, pero...
Claro que soy argentino, imbécil, ¿qué pensás que te estaba engañando?
No, pará, pelotudo, pará, explicame claramente en qué kilómetro lo...

Pausa. Manuel frustrado mira el teléfono, como si el aparato le pudiera explicar dónde está Gandhi, y luego lo deja en la mesa. Pausa. Se arrepiente de vestirse, se quita de nuevo la camisa, la tira hacia cualquier lugar y sale de nuevo por la puerta que da al interior de la casa.

ONCE

*Una cocina.
Un ventanal hacia la noche paramuna.
Una mesa, una botella plástica de dos litros llena hasta la mitad de un líquido marrón.
Una totuma boca abajo sobre la mesa.
Una puerta al exterior.
Una puerta a otra habitación.
Una bandeja llena de velas en el centro de la mesa lo ilumina todo.
Manuel, ataviado con un tocado de plumas en la cabeza, el torso desnudo, pulseras y tobilleras hechas de semillas que suenan con el movimiento, hace un ligero baile, muy sutil, casi no se mueve, mientras murmura una melodía semejante a una plegaria, es la canción "Heroína" de Sumo, pero lo que se escucha es una letanía bajita e incomprensible.
Magda en un asiento, con los ojos achinados, mira las velas intensamente.
Desde algún lugar del interior de la casa llega el sonido de alguien vomitando severamente. Pasado un rato el ruido cesa, pero luego recomienza.*

MAGDA

(Sin dejar de mirar las velas.) No ha hecho sino vomitar.

MANUEL

(Casi como parte de su letanía.) La purga bendita, la purga sanadora.

Manuel sirve un poco más del brebaje marrón en la totuma, lo toma y va a ubicarse detrás de Magda. Retoma su baile y encantación. Ella no se mueve. Ignacio, débil y tembloroso, entra a la cocina. En silencio va a sentarse a la mesa. Manuel comienza a cantarle al oído, a bailar para él. Ignacio tiene la mirada perdida en el vacío.

Tiempo.

MAGDA

Hay un camino de lucecitas.

MANUEL

¡Sígalas, Magda, sígalas hasta mí!

Venga conmigo, vamos juntos al bosque de colores.

Tiempo.

IGNACIO

Había una culebra en el baño.

Manuel recita en su oído.

Cantaba como usted.

Tiempo.

Magda, finalmente, deja de mirar las velas y observa a Ignacio. Parece que no lo hubiera visto antes, no puede sacarle los ojos de encima.

MAGDA

(Casi sin emoción.) Te puedo ver, Ignacio.

Ahí estás.

Te puedo ver, Nacho, ver de verdad, ver tu cara de antes.

De antes de que tuvieras forma.

Tiempo.

Alguno se pone de pie, otro se sienta, Manuel siempre canta o murmura o reza, a veces baila. Es un baile particular, más el de una máquina rota que el de un hombre emplumado.

Tiempo.

Magda recuesta la cabeza en la mesa y parece quedarse dormida.

Ignacio se acuesta en el suelo. Se acerca la madrugada. De repente, como un estallido, empieza a reír. Ríe tanto que tiene que sentarse.

IGNACIO

(Cantando y riendo.) “Si te busco te voy a encontrar, si me niego no sé qué va a pasar, el remedio no existe, no hay”.

Oye, Magda, oye, ¿te acuerdas?

Magda no levanta la cabeza de la mesa.

(Cantando.) “Si te busco te voy a encontrar, si me niego no sé qué va a pasar, el remedio no existe, no hay”.

¿Te acuerdas? ¡Canta conmigo!

Magda sigue durmiendo.

¡Mario Duarte estaba hablando de otra cosa!
¡No era una canción de amor, Magda, estaba hablando de Dios!
Oiga, Manuel, oiga (*canta*): “Si te busco te voy a encontrar, si me niego no sé qué va a pasar, el remedio no existe, no hay”.

Riendo sin control.

¡El remedio no existe!
¡No hay!

MANUEL

No llore, Ignacio, mejor ríase.
Ríase que ya pasó todo.
Ríase que a partir de hoy es otro.

A Ignacio lo que ha dicho Manuel le da más risa y se carcajea en el suelo. Poco a poco la euforia se va aplacando hasta que, hecho un ovillo, se queda dormido.

Manuel se quita el tocado de plumas, las pulseras y las tobilleras, las guarda en el bolsillo de su chaqueta, se la pone, va hasta Magda y le acaricia la cabeza con cariño, le da un beso en la mejilla, le susurra algo al oído y sale de la cocina hacia el alba gélida.

DOCE

*Una cocina.
Un ventanal hacia la noche paramuna.
Una mesa, dos platos hondos humeantes.
Una puerta al exterior.
Una puerta a otra habitación.
Un sobre encima de la mesa.
Dos hombres toman sopa en silencio evitando mirarse.*

IGNACIO

Qué buena sopa, Manuel, gracias por traérmela.
Me dio duro el remedio, no he hecho sino dormir hoy.

MANUEL

Es un buen reconstituyente.

IGNACIO

Está deliciosa, gracias.

Silencio largo. Ruido de cucharas y sorbidos.

¿Entonces tampoco se despidió de usted?

MANUEL
No.

IGNACIO
Mejor. Nos abandonó a los dos.

Silencio largo. Manuel termina de comer primero y se queda mirando su plato sin decir nada.

IGNACIO
Que se vaya a la mierda.

MANUEL
(*Pampeando el sobre que está encima de la mesa.*) Va a volver por mí.

IGNACIO
No creo, Manuel.
Me parece que ahora sí se fue en serio.

MANUEL
Usted no sabe cómo fue lo nuestro, lo que vivimos.

IGNACIO
No sea güevón, Manuel.

MANUEL
Va a volver por mí.

IGNACIO
No va a volver por usted ni por mí, no sea idiota y cálese mejor.

MANUEL
Cuando uno se conecta así...

No termina la frase. Pausa.

IGNACIO
Vamos a Tunja por un Gandhi nuevo. Yo se lo pago.

MANUEL
Gandhi va a volver.

IGNACIO
No va a volver, Manuel, vamos a Tunja yo le consigo uno nuevo.
Y rompa ese sobre, no leamos eso.

MANUEL

Dígame la verdad, Ignacio, ¿usted lo mató?

IGNACIO

No. No, yo no lo maté, pero no podría estar seguro de que el perrito estaba respirando, o sea...

MANUEL

(Interrumpiendo.) ¿Cuántas pastillas le dio?

IGNACIO

Una.

De verdad, una.

MANUEL

Entonces está vivo.

IGNACIO

No sé, Manuel.

MANUEL

Gandhi va a volver, Nacho, ya verá. Gandhi no es un perro cualquiera.

Silencio largo.

¿Entonces qué, Nacho, ya es hora, está listo?

IGNACIO

¿Para qué vamos a leer la carta, Manuel? Mejor rompámosla y ya.

MANUEL

Sea hombre, Nacho.

(Pampea de nuevo el sobre.) Va a volver por mí y usted tiene que seguir adelante y ya está.

IGNACIO

No va a volver por nadie.

MANUEL

¿Quién lee usted o yo?

Ignacio señala a Manuel con la boca. Manuel agarra el sobre y lee:

“Para que lo lean juntos”.

Abre el sobre, saca una carta y empieza a leer.

“Queridos Nacho y Manuel:

me pisó un camión.

Pausa.

Me pasó por encima anoche.

Un camión grande y pesado.

Sí es remedio, Manuel, tiene razón. Toda la razón.

Pero un remedio doloroso, asqueroso, de esos que aplasta, que atropella como una tractomula o un carro grande, de esos que descompone antes de componer”.

IGNACIO

(Interrumpiendo.) Y después me dice a mí que me extiendo en la ambientación.

MANUEL

¿Puedo seguir?

IGNACIO

Siga.

MANUEL

“Todavía tiemblo, todavía estoy bajo el efecto del jarabe asqueroso, pero sé que no puedo prolongar más mi estadía acá, así que mejor me voy antes de que me arrepienta.

Te vi, Nacho, de verdad te vi, como nunca antes, no sé, te vi, luminoso y solo, tiritando, por debajo de los siglos como una hoja blanca a punto de desprenderse de un cuaderno de colegio. Frágil.

Terriblemente frágil.

Quebradizo.

Infantil.

Y lo entendí, Nacho, lo entendí de verdad, entendí que si estiraba la mano hubiera podido arrancar esa página definitivamente, sacarla del cuaderno y verla caer en el barro húmedo.

Y al entender eso también comprendí algo muy evidente, algo muy obvio...”.

IGNACIO

(Interrumpiendo.) ¿Sabe qué? No quiero saber más.

Léala en silencio, por favor.

MANUEL

“...que podía cerrar el cuaderno simplemente y...”.

IGNACIO

(Interrumpiendo.) De verdad, Manuel, por favor, no quiero saber más.

Por favor.

Manuel lee la carta en silencio.

Ignacio comienza a sollozar.

Quedamente al comienzo, luego, sin poderlo evitar el sollozo se convierte en llanto. Se para y va hasta el ventanal, mira hacia fuera y le da la espalda a Manuel. Manuel termina de leer la carta y mira a Ignacio.

IGNACIO

¿No va a volver ni por usted ni por mí, verdad?

MANUEL

No, no va a volver.

Pausa.

La hija de puta.

Silencio largo. Ignacio se seca las lágrimas y los mocos con la manga derecha de su camisa y vuelve a sentarse. Manuel arruga la carta y la tira a cualquier parte.

IGNACIO

¿Los ovnis no son solo lucecitas, no es cierto?

MANUEL

No.

IGNACIO

Tal vez debería ir a verlos.

MANUEL

Sí, si quiere, no sé, da igual. Vaya. A mí no me importa.

IGNACIO

Voy a ir a verlos.

MANUEL

Como quiera.

IGNACIO

Voy a subir al cerro ya.

MANUEL

Puede verlos sin subir al cerro.

IGNACIO

Pero voy a subir al cerro.

MANUEL

Suba si le da la gana.

IGNACIO

Yo sé.

MANUEL
Pero no vale la pena.

IGNACIO
Voy igual.

Pausa.

Voy igual.

MANUEL
Son tres horas de subida.

IGNACIO
No importa.

MANUEL
Haga como se le cante, pero saque una linterna del galpón porque si no, no va a ver nada.

IGNACIO
¿Cómo llego?

MANUEL
Salga a la carretera, camine alejándose del pueblo, apenas termine el cerco de la casa va a encontrar una abertura en el alambrado, métase por ahí y siga la trocha.

IGNACIO
¿Y ya?

MANUEL
Hay tres bifurcaciones, voltee a la izquierda en las primeras dos y a la derecha en la tercera. No se va a perder.

Ignacio se para en silencio y va hasta el cuarto por una chaqueta. Sale preparado para enfrentar el frío, camina hasta la puerta de salida al exterior y se detiene.

IGNACIO
¿Y si me llevan?

Pausa. Manuel lo mira a los ojos.

MANUEL
Mejor.

Ignacio abre la puerta y sale.

Manuel se para, se estira, va a la despensa, saca una botella de aguardiente y una copa, abre el licor y se sirve. Busca algo en el bolsillo interior de su chaqueta, es la pañoleta de Magda. La huele con fuerza y la deja sobre la mesa. Se toma la copa de un trago, sirve otra, va hasta la habitación, vuelve con el computador portátil de Ignacio, lo abre y se pone a leer su novela. Cada tanto levanta la pañoleta, la huele y sigue leyendo.

Villa Mascardi, abril de 2015

Carlos Enrique Lozano G.

Correo electrónico: c.enriquelozano@gmail.com

Edición a cargo de Virginia Curet. Correo electrónico: vircuret@gmail.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. (2019)

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar

Correo electrónico: correo@celcit.org.ar

